

RETIROS PARA TIEMPOS FUERTES

TEXTO BASE: Folleto para nuevo itinerario de OALA (guías)

Conversión personal - GUÍAS 5 (pp. 162 – 166) y 6 (pp. 170 – 174)

ADVIENTO 2015

ES UN TIEMPO DE ESPERA - ALEGRÍA - CONVERSIÓN, DE GRACIA Y SALVACIÓN

Estamos dentro del itinerario de comunión y servicio. Nuestro ideal como agustinos, el perfil de agustinos que la Orden y la Iglesia quiere en el contexto de América Latina se propone tener como referencia al mismo Cristo, el Señor de la Vida, el dueño de la historia, nuestro Salvador.

En este año de la vida consagrada, en comunión con la Iglesia, y todos los consagrados, especialmente todos los miembros de nuestra Orden, de manera particular todos los hermanos de América Latina, con humildad recordemos juntos, que: “Hoy más que nunca es necesario un renovado compromiso de santidad por parte de las personas consagradas para favorecer y sostener el esfuerzo de todo cristiano por la perfección. Es necesario suscitar en cada fiel un verdadero anhelo de santidad, un fuerte deseo de conversión y de renovación personal en un clima de oración siempre más intensa y de solidaria acogida del prójimo, especialmente del más necesitado”. Exhortación Apostólica VITA CONSECRATA # 39 (San Juan Pablo II, 1996)

Estamos en el año de la Misericordia, y el papa Francisco nos hace notar que: “Es propio de Dios usar misericordia y especialmente en esto se manifiesta su omnipotencia” (cf. Misericordias Vultus # 6), y que “la credibilidad de la Iglesia pasa a través del camino del amor Misericordioso y compasivo” (Ibid. # 10). Estamos llamados a acoger la Misericordia de Dios con un espíritu humilde y agradecido que nos ayuda a reconocernos pecadores, delante de Dios. Esta verdad ayudará siempre a vencer la tentación de aparentar superioridad, tanto dentro y fuera de nuestras propias circunscripciones. Pidamos el don de la humildad y saber corresponder a esta misericordia con un espíritu agradecido, que sabe así alabar y adorar a Dios que es fuente de comunión.

Nuestra Orden busca desarrollar en sus hijos la clara conciencia de la identidad de su vocación agustiniana, llamada a ser vivenciada en comunión y unidad desde su propia comunidad local y jurisdicción, permaneciendo en sintonía con la dinámica de la OALA y de la Iglesia.

Es Cristo quien nos conduce con su Espíritu de comunión y servicio a la luz de su palabra que nos hace libres y nos salva.

Recordemos estos pasajes iluminadores de nuestra regla de Vida, que nos recuerdan que no caminamos solos y que necesitamos de la gracia de Dios para ser fieles con sagrados con alegría:

“Conocerán que han adelantado en la perfección tanto más cuanto mejor cuiden lo que es común que lo que es propio; de tal modo que, en todas las cosas que utiliza la necesidad transitoria, sobresalga la caridad, que permanece” (Regla V, 31)

“Perseveren en las oraciones fijadas para horas y tiempos de cada día” (Regla II, 10)

Todos sabemos, y creemos que la Iglesia nos ofrece vivir y celebrar en el *kronós* (tiempo medible, y contexto propio), un *kairós*, un tiempo especial, un valioso tiempo de conversión, de gracia, tiempo de salvación, que ayude a iluminar y fortalecer nuestra vocación de consagrados agustinos, llamados a encontrarnos con él y caminar en una amistad e intimidad con él, para servirle en comunión en nuestro prójimo.

Somos y estamos llamados a fortalecer nuestra identidad y actitud cristiana y auténticamente agustiniana.

Durante la Vigilia Pascual del año 387, en la noche del 24 al 25 de abril, Agustín fue bautizado por san Ambrosio, obispo de Milán. Hoy, los restos de san Agustín se veneran en la Basílica de San Pedro in Ciel d'Oro de Pavía, en Italia. El 22 de abril de 2007 visitó este lugar el Papa emérito Benedicto XVI y, ante los fieles allí reunidos, se refirió a las tres grandes etapas o tres conversiones de Agustín. Pongo aquí la alusión a la primera, de la que nos valemos para reflexionar:

La *primera conversión* fundamental fue el camino interior hacia el “sí” de la fe y del bautismo. Agustín fue siempre una persona inquieta. Quería encontrar la vida verdadera y no vivir a ciegas, sin sentido y sin meta. La gran lucha interior de sus años juveniles fue conocer a Dios, familiarizarse realmente con Jesucristo y llegar a decirle “sí” con todas las consecuencias.

Meditación del Papa san Juan Pablo II - 29 / 11 / 1978

UN KAIROS EN FAMILIA

Los niños son los más entusiasmados e ilusionados por la Navidad, ayudados por el ambiente que es creado para celebrarlo, sin perder de perspectiva el centro de la celebración. Los niños ayudan muy bien a esta vivencia, involucran a la familia y a la sociedad en todo el ambiente propio de esta fiesta que es anticipada en la vida de la Iglesia, por el adviento.

Los niños en general saben muy bien que es el niño Dios; Jesús quien viene para ellos y para todos los niños y sus familias. Saben que el niño Dios viene una noche en Belén, y que nació en un pesebre. No cabe ninguna duda que los adultos, y de manera especial los consagrados, en la Iglesia sabemos todo esto.

Esta es una verdad esencial del cristianismo que tenemos la oportunidad de introducirnos con fe cada año.

INVOLUCRADOS DIOS Y EL HOMBRE

La verdad del cristianismo corresponde a dos realidades fundamentales estrechamente relacionadas entre sí. Y justamente hasta el punto de que una realidad parece explicar la otra, es la nota característica del cristianismo. La primera realidad es «Dios», y la segunda, «el hombre». El cristianismo brota de una relación particular recíproca entre Dios y el hombre. En los últimos tiempos —en especial durante el concilio Vaticano II— se discutía mucho sobre si dicha relación es teocéntrica o antropocéntrica. El cristianismo es antropocéntrico precisamente porque es plenamente teocéntrico; y al mismo tiempo es teocéntrico gracias a su antropocentrismo singular.

Pero es cabalmente el misterio de la Encarnación el que explica por sí mismo esta relación. Y justamente por esto el cristianismo no es sólo una «religión de adviento», sino el Adviento mismo. El cristianismo vive el misterio de la venida real de Dios hacia el hombre, y de esta realidad palpita y late constantemente. Esta es sencillamente la vida misma del cristianismo. Se trata de una realidad profunda y sencilla a un tiempo, que resulta cercana a la comprensión y a la sensibilidad de todos los hombres y sobre todo de quien sabe hacerse niño con ocasión de la noche de Navidad. No en vano dijo Jesús una vez: «En verdad les digo: Si no cambian y no llegan a ser como niños, nunca entrarán en el reino de los cielos» (Mt 18, 3).

ESTÉN SIEMPRE ALEGRES EN EL SEÑOR

Meditemos en el contexto del III domingo de adviento o de *Gaudete*, es decir, de la alegría, del gozo, y del regocijo.

Reflexión del Papa emérito Benedicto XVI, sobre el sentido del Adviento

En el capítulo 4, 4 - 5, que Pablo escribió a los Filipenses, dice el Apóstol lo siguiente: “Estén siempre alegres en el Señor; se lo repito, estén alegres”.

La alegría es fundamental en el cristianismo, que es por esencia *evangelium*, buena nueva. Y sin embargo es ahí donde el mundo se equivoca, y sale de la Iglesia en nombre de la alegría, pretendiendo que el cristianismo se la arrebatara al hombre con todos sus preceptos y prohibiciones. Ciertamente, la alegría de Cristo no es tan fácil de ver como el placer banal que nace de cualquier diversión. Pero sería falso traducir las palabras: «Alégrense en el Señor» por estas otras: «Alégrense, *pero* en el Señor», como si en la segunda frase se quisiera recortar lo afirmado en la primera. Significa sencillamente «alégrense en el Señor», ya que el apóstol evidentemente cree que toda verdadera alegría está en el Señor, y que fuera de él no puede haber ninguna. Y de hecho es verdad que toda alegría que se da fuera de él o contra él no satisface, sino que, al contrario, arrastra al hombre a un remolino del que no puede estar verdaderamente contento. Por eso aquí se nos hace saber que la verdadera alegría no llega hasta que no la trae Cristo, y que de lo que se trata en nuestra vida es de aprender a ver y comprender a Cristo, el Dios de la gracia, la luz y la alegría del mundo. Pues nuestra alegría no será auténtica hasta que deje de apoyarse en cosas que pueden sernos arrebatadas y destruidas, y se fundamente en la más íntima profundidad de nuestra existencia, imposible de sernos arrebatada por fuerza alguna del mundo. Y toda pérdida externa debería hacernos avanzar un paso hacia esa intimidad y hacernos más maduros para nuestra vida auténtica.

Así se echa de ver que los dos cuadros laterales del tríptico de Adviento, Juan y María, apuntan al centro, a Cristo, desde el que son comprensibles. Celebrar el Adviento significa, despertar a la vida la presencia de Dios oculta en nosotros. Juan y María nos enseñan a hacerlo. Para ello hay que andar un camino de conversión, de alejamiento de lo visible y acercamiento a lo invisible. Andando ese camino somos capaces de ver la maravilla de la gracia y aprendemos que no hay alegría más luminosa para el hombre y para el mundo que la de la gracia, que ha aparecido en Cristo. El mundo no es un conjunto de penas y dolores, toda la angustia que exista en el mundo está amparada por una misericordia amorosa, está dominada y superada por la benevolencia, el perdón y la salvación de Dios. Quien celebre así el Adviento podrá hablar con derecho de la Navidad feliz bienaventurada y llena de gracia. Y conocerá cómo la verdad contenida en la felicitación navideña es algo mucho mayor que ese sentimiento romántico».

ESTAR PREPARADOS...

En el capítulo 13, 12- 14, que Pablo escribió a los cristianos de Roma, dice el Apóstol lo siguiente: “La noche va muy avanzada y está cerca el día: dejemos, pues, las obras propias de la oscuridad y revistámonos de una coraza de luz. Comportémonos con decencia, como se hace de día: Nada banquetes y borracheras, nada de prostitución y vicios, nada de pleitos y envidias. Más bien revístanse del Señor Jesucristo...”

Según eso, Adviento significa ponerse en pie, despertar, sacudirse del sueño. ¿Qué quiere decir Pablo? Con términos como “comilonas, borracheras, amancebamientos y querellas” ha expresado claramente lo que entiende por «noche». Las comilonas nocturnas, con todos sus acompañamientos, son para él la expresión de lo que significa la noche y el sueño del hombre. Esos banquetes se convierten para San Pablo en imagen del mundo pagano en general que, viviendo de espaldas a la verdadera vocación humana, se hunde en lo material, permanece en la oscuridad sin verdad, duerme a pesar del ruido y del ajetreo. La comilona nocturna aparece como imagen de un mundo malogrado. ¿No debemos reconocer con espanto cuan frecuentemente describe Pablo de ese modo nuestro paganizado presente?

Rom 13, 11b – 12 “Ya es hora de despertar. Nuestra salvación está ahora más cerca que cuando llegamos a la fe. La noche está muy avanzada y está cerca el día: dejemos, pues las obras propias de la oscuridad y revistámonos de una coraza de luz”

Despertarse del sueño significa sublevarse contra el conformismo del mundo y de nuestra época, sacudirnos, con valor para la virtud y la fe, sueño que nos invita a desentendernos a nuestra vocación y nuestras mejor posibilidades. Tal vez las canciones del Adviento, que oímos de nuevo esta semana se tornen señales luminosas para nosotros que nos muestra el camino y nos permiten reconocer que hay una promesa más grande que la del dinero, el poder y el placer. Estar despiertos para Dios y para los demás hombres: he ahí el tipo de vigilancia a la que se refiere el Adviento, la vigilancia que descubre la luz y proporciona más claridad al mundo».

LA VIRGEN MARÍA Y JUAN EL BAUTISTA

Sobre el papel de la Virgen María en la venida del Señor, la liturgia del Adviento nos ofrece dos síntesis, en los prefacios II y IV de este tiempo. Aquí la primera síntesis:

“... Cristo Señor nuestro, a quien todos los profetas anunciaron, la Virgen esperó con inefable amor de Madre, Juan lo proclamó ya próximo y señaló después entre los hombres. El mismo Señor nos concede ahora preparamos con alegría al Misterio de su Nacimiento, para encontrarnos así, cuando llegue, velando en oración y cantando su alabanza”.

«Juan el Bautista y María son los dos grandes prototipos de la existencia propia del Adviento. Por eso, dominan la liturgia de ese período. ¡Fijémonos en Juan el Bautista! Está ante nosotros exigiendo y actuando, ejerciendo, pues, ejemplarmente la tarea masculina. Él es el que llama con todo rigor a *la metanoia*, a transformar nuestro modo de pensar. Quien quiera ser cristiano debe “cambiar” continuamente sus pensamientos. Nuestro punto de vista natural es, desde luego, querer afirmarnos siempre a nosotros mismos, pagar con la misma moneda, ponernos siempre en el centro. Quien quiera encontrar a Dios tiene que convertirse interiormente una y otra vez, caminar en la dirección opuesta. Todo ello se ha de extender también a nuestro modo de comprender la vida en su conjunto.

“Juan era la voz, pero el Señor era la Palabra que existía ya al comienzo de las cosas. Juan era una voz pasajera, Cristo la Palabra eterna desde el Principio. La voz sin la palabra entra al oído pero no entra al corazón”. (San Agustín, sermón 293, 3)

¿POR QUÉ HAY QUE CONVERTIRSE? Del Papa Francisco

Antes de empezar el ángelus, (domingo 06 – 12 - 15), explicó cómo seguir el camino correcto del Evangelio.

“Yo les dejo esta pregunta: yo, de verdad, ¿estoy enamorado de Jesús? ¿Estoy convencido de que Jesús me ofrece y me da la salvación? Si estoy enamorado debo darlo a conocer”.

Pidió a los fieles que se preguntaran: “¿Es verdad que en las diversas situaciones y circunstancias de la vida tenemos en nosotros los mismos sentimientos de Jesús? Por ejemplo, cuando sufrimos algún mal o cualquier afrenta, ¿conseguimos reaccionar sin animosidad y perdonar de corazón a quien nos pide excusas? ‘¡Me la pagarás!’, esa palabra viene de dentro”. ¡Qué difícil es perdonar!

“La voz del Bautista grita todavía en los actuales desiertos de la humanidad, que son las mentes cerradas y los corazones duros, y nos lleva a preguntarnos si efectivamente estamos recorriendo el camino bueno, viviendo una vida según el Evangelio”.

A este respecto, el Santo Padre indicó que “la salvación se ofrece a cada hombre, porque Dios quiere que todos los hombres sean salvados por medio de Jesucristo, único mediador”.

“Ninguno de nosotros puede decir: yo soy un santo, yo soy perfecto yo ya estoy salvado, no, siempre debemos tomar esta oferta de la salvación, y por eso el Año de la Misericordia, para ir hacia adelante en este camino de la salvación, en este camino que nos ha enseñado Jesús”.

“Si a nosotros el Señor Jesús ha cambiado la vida, ¿cómo no sentir la pasión de hacerlo conocer a cuantos encontremos en el trabajo, en la escuela, en la comunidad de vecinos, en el hospital, en lugares de reunión?”.

“Que la Virgen María nos ayude a derrumbar las barreras y los obstáculos que impiden nuestra conversión, es decir, nuestro camino de encuentro con el Señor”, porque “¡Él solo puede dar cumplimiento a todas las esperanzas del hombre!”.

PREGUNTAS PARA LA REFLEXIÓN

1.- ¿Por qué precisamente «el Adviento» forma parte de la sustancia misma del cristianismo?

2.- Yo, de verdad, ¿estoy enamorado de Jesús? ¿Estoy convencido de que Jesús me ofrece y me da la salvación? Si estoy enamorado debo darlo a conocer.

3.- ¿Soy consciente de los muchos dones que Dios me da, sensibilizándome a la actitud de gratitud? ¿Estoy poniéndolos al servicio de la comunidad?

4.- En la revisión de vida, Capítulo local, y en los distintos espacios de diálogo comunitario ¿trato de destacar la bondad en el hermano, o me enfoco en todo lo contrario?

5.- ¿Estoy cultivando a la luz de la fe, de la Palabra de Dios, de la espiritualidad y carisma de la Orden, un espíritu autocrítico que me ayude a mejorar mi vida personal en la relación con mis hermanos?

